

madres deben preguntarse con la misma buena fé y con igual angustia: ¿Qué tienen nuestros hijos? Si son como son, tan distintos de los de antaño, ¿es por culpa suya, ó por culpa nuestra? Y si es por culpa nuestra ¿qué nos incumbe hacer para remediar el mal?

A esta interrogación, responde Gustavo Ferri, lógica y noblemente, que el único remedio es corregir la enseñanza.

De todo esto se colige que la ausencia de la idea de un Dios que sancione nuestros actos y mantenga á raya los instintos animales del hombre, la ausencia de la religión que forma los hábitos morales de la virtud en el niño y levanta un dique al desbordamiento de las pasiones, el ambiente en que viven y pululan los niños de nuestros días, son la causa principalísima que desmoraliza las generaciones juveniles y las arrastra por la pendiente del crimen.

El punto capital.

Está, pues, en apartar á los niños del ambiente mefítico, inmoral, en que viven en los barrios obreros, y darles una educación é instrucción basadas en Dios.

El remedio, de continuo predicado y que avalora la experiencia consiste en difundir en el pueblo la educación cristiana que le habitúe á reprimir sus arranques y á luchar sin odios. Hay que darle esa educación cristiana para que adquiera, puestos los ojos en la vida futura, el dominio de los propios apetitos para que sepa amar á sus enemigos. Es preciso infundirle una instrucción práctica y sana, que ponga el iustrumento del trabajo en sus manos, para que se penetre de que la dicha no es patrimonio de los opulentos, sino solamente de los trabajadores, pues el trabajo es lo único que ennoblece, que eleva al hombre sobre las miserias materiales y morales.

Triste espectáculo.

Es el que se ofrece á D. Bosco cuando, joven de venticinco años, hace sus primeros ensayos en la reforma social de los niños.

En las buhardillas ve cómo la miseria es el factor que más contribuyo al abandono de los niños; en los hospitales le conmueve pro-